
Parra, José Miguel (2019)
La Gran Pirámide ¡Vaya timo!
Pamplona: Editorial Laetoli, 428 páginas.
ISBN 978-84-949717-7-8

Enzo Oppici*

Jose Miguel Parra es un egiptólogo español, licenciado y doctor en Historia Antigua por la Universidad Complutense de Madrid. Es especialista en el Reino Antiguo y, sobre todo, en las Pirámides. Además, se desempeña como seminarista en diferentes universidades españolas, es traductor y divulgador en revistas como “Historia y Vida”, “Historia National Geographic” y “La Aventura de la Historia”. También participa en programas de radio y televisión. Es miembro del Proyecto Djehuty, en el cual se excavaron las tumbas de Djehuty y Hery en la orilla occidental de Luxor.

El libro fue publicado en 2019 y forma parte de la colección “vaya timo” de la editorial Laetoli. La serie tiene como característica el tono irónico y provocador, con el objetivo de confrontar las supersticiones, pseudociencias y la anticiencia. Según las palabras de uno de los autores que forma parte del proyecto, Mario Bunge, estas representan un virus intelectual que puede atacar a cualquiera, hasta el extremo de enfermar a la cultura.

El texto está compuesto por un prólogo, veintitrés capítulos y una conclusión. El objetivo de la obra es refutar muchas de las afirmaciones que circulan sobre las pirámides, sostenidas por parte de un grupo de pseudo-investigadores a los que el autor llama “piramidiotas”. Sin embargo, Parra no se limita a la simple negación de estas teorías e interpretaciones conspiranoicas, sino que va más allá, las historiza, las encuadra y fundamenta sus afirmaciones con fuentes. Este punto resulta importante para el oficio del historiador, ya que no queda en la mera indignación, sino que construye una investigación con un abordaje propositivo frente a este tipo de

*Universidad Nacional de Rosario, Argentina.
E-mail: enzooppici@gmail.com



interpretaciones. En este sentido, el trabajo logra articular la rigurosidad académica con el vocabulario sencillo y claro propio de la divulgación.

En el Prólogo, José Parra nos relata el viaje iniciático que emprende en el día posterior de haber obtenido su doctorado. Narra una travesía al interior de una logia que busca descubrir todos los secretos de las pirámides, pero con el fin de mantener oculta la verdad. En el cierre de esta sección se da un giro en la trama. También presenta el objetivo del libro: mostrar la inconsistencia de las mentiras que se dicen sobre las pirámides y responder preguntas que las fuentes y los datos históricos nos permitan.

En el primer capítulo, titulado “Mira que si estamos solos”, el autor hace un recorrido por las interpretaciones del mundo y el conocimiento sobre él. Parte desde el pensamiento aristotélico, que concebía a la Tierra como el gran centro de un universo finito, y su contracara con el principio de mediocridad copernicano. Hasta llegar al estudio de la galaxia y el cosmos desarrollado desde mediados del siglo XX. Concluye que todos estos estudios a lo largo de siglos descartan la posibilidad de que los hombres primitivos se hayan encontrado con extraterrestres. Esta afirmación, que parece de ciencia ficción, se basa sobre los estudios científicos de Frank Drake, Sara Seager y Stephen Webb. Lo que nos lleva al segundo capítulo, con el título “No fueron los extraterrestres”, donde el autor se propone desechar la teoría de Erich von Däniken, uno de los principales pseudo-historiadores, que afirmaba el contacto de nuestros antepasados con seres de otro mundo. Parra desmonta afirmaciones como la supuesta participación de antiguas sociedades avanzadas en el diseño del mapa de Piri Reis, explicando que dicho mapa no contiene información sobre las costas antárticas antes de estar cubiertas de hielo, ni es el mapa más preciso de su tiempo. Tampoco existió una nave espacial utilizada por el soberano de Pakal, como afirman algunos de los pseudocientíficos que se encuentra representada en el arte maya; el autor lleva adelante un análisis pormenorizado de la obra y refuta esta interpretación. Del mismo modo, niega que las figuras de Nazca fueran pistas de aterrizaje para naves espaciales, sino que eran dibujos realizados a gran escala con fines rituales. Con un objetivo similar, el autor desarrolla el tercer capítulo, titulado “La Atlántida: tocada y hundida”, buscando refutar la teoría platónica sobre la existencia de dicha civilización. Para ello, analiza las obras “Timeo” y “Critias” de Platón, así como los sucesivos análisis de los pseudo-investigadores. Concluye que la “Atlántida” no existió realmente, sino que es una invención del filósofo griego con el fin de explicar el mundo en el que vivía.

El capítulo IV, “Los egipcios y la generación espontánea”, Parra tiene como meta en el apartado desarticular la idea de que en Egipto surgió repentina y drásticamente una civilización majestuosa y plenamente organizada. El autor realiza un recorrido arqueológico desde las primeras ocupaciones del espacio egipcio hasta el surgimiento del Egipto faraónico. El trayecto explica que las teorías de la generación espontánea son el resultado de una mala investigación o la no consideración de las investigaciones arqueológicas del siglo XX que demostraron las continuidades del periodo predinástico hasta la época faraónica.

En el quinto capítulo del libro, titulado “2600 años antes de nuestra era (más o menos)”, el autor se propone abordar la complejidad que implica establecer cronologías antiguas. Parra indica que muchos pseudo-historiadores se aprovechan de la situación para recurrir a variables que hagan coincidir sus relatos sensacionalistas. A continuación, realiza un recorrido histórico por los diferentes métodos y fuentes que utilizan los investigadores para poder trazar una cronología lo más rigurosa posible, como el estudio de estratos, la aparición del carbono 14, las listas reales, entre otros. Concluye planteando que las cronologías antiguas pueden entenderse como “un gran andamio con imperfecciones” pero válidas y valiosas a partir de su construcción metodológica basada en hechos científicos.

El sexto capítulo, titulado “La kh con la u, khu; la f con la u, fu. Anda, ¡si pone Khufu!”, aborda la problemática de la propiedad de cada monumento, es decir, quien se puede considerar el dueño de cada complejo funerario. El apartado pone en valor el trabajo de los arqueólogos, quienes, a partir del análisis de fuentes materiales tales como sellos, inscripciones, grafitos y otras evidencias, nos permiten saber el contexto y origen de cada monumento. Frente a eso, retoma la crítica a los pseudo-historiadores que rechazan y tergiversan las evidencias materiales. Un ejemplo es el caso de la Pirámide de Khufu, donde, a pesar de encontrar su nombre in situ, estos “investigadores” acusan a Vyse de haber manipulado la evidencia.

Los capítulos VII y VIII, titulados “Nada de escalones, ahora se llevan lisas” y “Tras el laberinto viene el foso de los cocodrilos” abordan aspectos de la arquitectura funeraria egipcia. El subtítulo del séptimo capítulo: “De colina primigenia a pirámide, pero siempre apuntando al norte”, anticipa el recorrido histórico que realiza el autor sobre las estructuras arquitectónicas de los enterramientos y recintos funerarios, analizando tanto su origen como su significado simbólico. El octavo capítulo tiene como objetivo desmentir la noción hollywoodense de que al interior de las pirámides existían trampas para quienes osaran ingresar. A continuación, describe cómo fueron

cambiando las cámaras sepulcrales a lo largo de las sucesivas dinastías, poniendo el eje en las innovaciones y transformaciones para impedir que los ladrones saqueen las tumbas. Un ejemplo sería la estandarización de los tres rastrillos de granito como mecanismo de cierre, iniciada con la construcción de la pirámide de Djedkare. Sobre la existencia de supuestas maldiciones, como la de Tutankhamón, Parra aclara que, si bien existen inscripciones que advierten a quienes ingresen a las pirámides “se trata de meros avisos conceptuales que poco daño pueden hacer a los ladrones” (Parra 2019: 136). Además, señala que las personas que murieron luego de investigar dicha tumba fue por causas naturales.

En el capítulo IX, titulado “Juraría que he visto una momia”, Parra historiza los distintos descubrimientos de momias encontradas en pirámides. Su objetivo es refutar las afirmaciones de pseudo-investigadores que sostenían que nunca habían sido halladas momias en su interior. El autor explica que, si bien muchas han sido encontradas cuando la arqueología y la paleontología eran disciplinas incipientes, también existen muchos hallazgos recientes realizados con renovadas capacidades científicas.

En el capítulo X, titulado “Misteriosas ceremonias piramidales. Los templos funerarios y cómo se usan”, Parra realiza un recorrido histórico de la configuración de los templos de las pirámides, centrándose en la simbología de los relieves decorativos. Además, en este apartado expone la compleja estructura humana en la que creían los egipcios, y su basamento en los cinco componentes que conforman a las personas: el cuerpo, como el contenedor físico; el nombre; la sombra, entendida como parte inherente de todos los seres humanos, ya que la emiten; el ba, que se suele leer como el “alma”, aunque no son del todo equivalentes; y el ka, la energía vital que nos distingue a los vivos de los muertos. El autor explica cómo, desde la cosmovisión egipcia, la construcción y el mantenimiento de la pirámide - mediante ofrendas - actuaban como una especie de “máquina” que permitía que el faraón pudiera renacer, garantizándole llegar al más allá y alcanzar a los demás dioses.

En el capítulo XI, “El caso es que sí sabemos cómo lo hicieron”, el autor analiza el diseño arquitectónico de las pirámides, explica cómo los arquitectos egipcios planificaron su construcción. A continuación, en el capítulo XII “Hoy gran velada de los pesos pesados”, aborda la problemática de los métodos de construcción, centrándose en el uso de rampas, trineos de madera y palancas como herramientas clave para dicho proceso. En consonancia, el capítulo XIII “Al próximo que chiste, ¡diez latigazos más”, busca desmontar el mito de que las pirámides fueron construidas por mano de

obra esclava judía. En palabras de Parra “¿Quiénes se encargaron entonces de edificar las pirámides? La respuesta es muy sencilla: trabajadores egipcios pagados por el Tesoro del faraón” (Parra 2019: 208). Además, analiza las excavaciones realizadas en las ciudades de los trabajadores que participaron de la construcción.

“Un cheque para cobrar en el doble granero” es el título del capítulo XIV. En él, Parra examina los gastos vinculados con la construcción de las pirámides, poniendo el foco en la cantidad de mano de obra y el correspondiente consumo alimenticio que demandaban estos grandes proyectos estatales.

El capítulo XV, titulado “La única maravilla todavía en pie”, retoma los temas abordados anteriormente con el objetivo de desmentir la afirmación de que “en pleno siglo XX, ningún arquitecto podría reproducir la pirámide de Cheops”. El autor recorre los descubrimientos de afloramientos rocosos que servían como base para las pirámides. Además, critica la teoría de la “roca blanda” como explicación del proceso constructivo, y detalla el método de recolección y uso de las piedras, reafirmando la utilización de rampas, palancas y trineos.

El capítulo XVI, se titula “El meridiano de Guiza como centro del mundo”, tiene como objetivo desmitificar la teoría de Smyth del “codo sagrado”, una supuesta unidad de medida que equivaldría a la diezmillonésima parte del semieje de rotación de la Tierra, tomando como centro a la Gran Pirámide. Parra señala que Smyth no utilizó, o hizo caso omiso, del codo real para realizar la medición, que era la medida que utilizaban los arquitectos egipcios. Por su parte, el capítulo XVII, “La mística de los números”, profundiza la crítica a los pseudo-historiadores, abordando la teoría sobre supuesta presencia del número PI (Π) en las pirámides. El autor refuta esta noción explicando que los arquitectos egipcios no tenían tal conocimiento, las pirámides no utilizaron dicha constante sino que la unidad de medida era el *seked* de cinco palmas y media que daba números similares a Π .

En los capítulos XVIII y XIX, titulados “Así en la tierra como en el cielo” y “Hay que ahorrar energía”, Parra se propone seguir confrontando las interpretaciones de pseudohistoriadores, muchas de ellas ampliamente aceptadas en el imaginario colectivo. En el decimotercer capítulo aborda la supuesta conexión entre las tres estrellas del cinturón de Orión y las tres pirámides de Guiza; además, explica las estrategias visuales y topográficas empleadas a la hora de la planificación y orientación de las construcciones. En el decimonoveno, respectivamente, cuestiona la teoría de

que las pirámides son un condensador de energía cósmica o electromagnética. El autor señala que los títulos amarillistas de los pseudoinvestigadores rusos, con Balezin a la cabeza, no tienen nada que ver con la realidad y son el producto de un trabajo mal elaborado. El resultado de esta “investigación” tampoco es convincente, ya que los campos magnéticos detectados eran menores a la electricidad estática generada “al frotar un bolígrafo con un jersey de lana” (Parra 2019: 292).

En el capítulo XX, “La conexión centroamericana”, como bien indica el título, el autor objeta la posibilidad de que egipcios hayan cruzado el océano para llegar a tierras americanas, ya sea para replicar las construcciones en tierras mayas o para mantener lazos comerciales. Parra sostiene que los egipcios carecían de conocimientos para tal navegación y, además argumenta que: “lo que es más importante, no tenían ninguna necesidad de ellos. Su mundo era el valle del Nilo, Nubia, Siria-Palestina y el Sinaí, el otro extremo del continente les daba por completo lo mismo, mucho menos el océano y el desconocido continente de más allá.” (Parra 2019: 303).

En el capítulo XXI, titulado “De los graneros de José a la pulgada piramidal”, el autor historiza algunas de las interpretaciones que se han hecho sobre las pirámides. Comienza con Herodoto y su correcta concepción de que estas construcciones eran tumbas, y continúa con la visión del final de la época romana que las consideraba “los graneros de José”. Luego aborda la mirada puritana británica del siglo XIX, que las consideraba como “obras de inspiración divina”, y finalmente las teorías intergalácticas en el siglo XX, como las de von Däniken, entre otras interpretaciones que nombra en el apartado y las cuales desacredita como vemos con los planteos de todo su libro.

En el capítulo XXII, titulado “La heterodoxia bien entendida”, Parra sigue la trayectoria de una serie de investigadores que, sin ser egiptólogos, realizaron aportes significativos a la egiptología. Destaca casos como el de Bauval, un ingeniero que inicialmente realizó aportes interesantes, aunque más tarde se convirtiese en un pseudo-investigador; también el de Isler, que mediante su especialidad en el dibujo generaba hipótesis prácticas para los egiptólogos; o los de Stocks, ingeniero y Dormion, arquitecto. El autor sostiene que “los egiptólogos no lo saben todo”, subrayando la necesidad del enfoque interdisciplinario serio y centrado en los estudios científicos.

En el último capítulo, “La ‘ciencia’ piramidológica”, Parra explica la metodología utilizada por los pseudo-historiadores. El autor señala lo difícil que resulta combatir contra sus afirmaciones, ya que “sus datos, repetidos y analizados una y otra vez sin pruebas, terminan transformados casi en

dogmas de fe para los lectores de este tipo de narrativa” (Parra 2019: 343). Además, advierte sobre las peligrosidades que implica la transmisión de estas narrativas falsas, ya que se pierde la veracidad científica y se cae en la desinformación. A su vez, y lamentablemente, estas teorías son mucho más difundidas mediáticamente y logran un mayor alcance que las investigaciones científicas, provocando que “una simple invención termine convertida en un dato sabido por todos” (Parra 2019: 345).

En la conclusión, el autor parafrasea inversamente un clásico de los pseudo-investigadores españoles: “De las mentiras de la Gran Pirámide a las verdades de la egiptología”. En este cierre, realiza un balance de los temas abarcados en el libro y deja en claro cuál fue su objetivo: esclarecer y responder las principales preguntas que le surgen a quienes se interesan por el mundo faraónico.

El libro está dirigido a un público amplio, desde quienes quieren acercarse al mundo de la egiptología a través de la ciencia histórica, hasta simples apasionados por la disciplina. Esto nos resulta interesante a la hora de desmentir las “teorías” de pseudo-investigadores, ya que, al abarcar un gran marco de lectores, se convierte en una herramienta útil como forma de difusión de los planteos realmente científicos. Además, con su argumentación, el texto logra insertarse dentro de los debates políticos de la historia. Si bien la ciencia histórica no posee el monopolio de la verdad, es valioso que existan estos trabajos que se entrometen en la lucha por el pasado (Cattaruzza 2017: 64). Por último, sería deseable que la obra llegue a ser leída por todos aquellos docentes de Historia en sus distintos niveles, para que funcione como una herramienta al momento de contrarrestar falsas afirmaciones.

Bibliografía

CATTARUZZA, Alejandro (2017) “El pasado como problema político”, *Anuario IEHS* 32(2): 59-78.